

El detective Vargas

Quince misterios. Un pueblo pequeño. Un café siempre listo.

B1 · Español latinoamericano

15 misterios · 21.200 palabras · Vocabulario · Preguntas · Respuestas

Villa Esmeralda · Mateo Vargas · Julia Restrepo · Pancho · taleivo.com

Sobre este libro

El detective Vargas presenta quince misterios cortos para estudiantes de español nivel B1. Mateo Vargas, inspector de policía jubilado, se muda al pueblo tranquilo de Villa Esmeralda buscando descanso — y en cambio encuentra pasteles desaparecidos, testamentos perdidos, gatos sospechosos, y un sinfín de pequeños misterios que su mente curiosa no puede ignorar.

Cada capítulo es una historia completa e independiente, con el mismo elenco querido de personajes: Vargas, la inspectora Julia Restrepo, Doña Carlota del café, y Pancho, el sobrino aprendiz de policía. Tono ligero, humor seco, y misterios resueltos con ingenio en lugar de violencia.

Una serie cozy mystery sin contenido explícito ni violencia gráfica, perfecta para todas las edades. "Jubilado," sigue corrigiendo Vargas. Nadie le cree completamente.

Índice

CAPÍTULOS

01	El pastel desaparecido	4
02	La firma falsa	9
03	El gato testigo	14
04	El relojero	19
05	La carta anónima	24
06	El número equivocado	29
07	La receta robada	34
08	El testamento perdido	39
09	Pancho investiga	44
10	El cuadro robado	49
11	La impostora	54
12	El veneno en el jardín	59
13	La voz en la radio	64
14	El doble	69
15	El último caso (¿o no?)	74

SECCIONES ADICIONALES

Vocabulario

incluido al final de cada capítulo

Preguntas de comprensión

incluido al final de cada capítulo

Clave de respuestas

respuestas — capítulos 1 al 15

79

Capítulo 01

El pastel desaparecido

Mateo Vargas llevaba exactamente tres semanas jubilado, y ya se estaba volviendo loco.

Treinta años como inspector de policía en la capital le habían enseñado muchas cosas: cómo leer una mentira en la cara de alguien, cómo encontrar la pieza que no encajaba en una historia, cómo esperar pacientemente hasta que la verdad finalmente saliera a la luz. Lo que nadie le había enseñado era qué hacer con todo ese tiempo libre cuando ya no tenía ningún caso que resolver.

Se había mudado a Villa Esmeralda hace dos meses, buscando la tranquilidad de un pueblo pequeño en las montañas después de tres décadas de crímenes complicados y horarios imposibles. Su plan era simple: leer todas las novelas de misterio que nunca había tenido tiempo de leer, tomar café en la plaza todas las mañanas, y quizás, finalmente, aprender a relajarse.

El problema era que Vargas no sabía relajarse. Nunca había sabido.

Esa mañana específica, sentado en su mesa habitual en el café de Doña Carlota, en la esquina de la plaza principal, Vargas observaba a la gente pasar con la misma atención profesional que había usado durante toda su carrera, aunque ya no tenía ningún propósito oficial para hacerlo.

"Otro café, detective," dijo Doña Carlota, llenando su taza sin que él lo pidiera. Era una mujer de unos sesenta años, con el cabello gris recogido siempre en un moño perfecto, y una memoria extraordinaria para los chismes del pueblo.

"Ya no soy detective, Doña Carlota," dijo Vargas, como hacía cada vez que ella usaba ese título. "Soy un jubilado aburrido."

"Para mí, siempre va a ser detective," dijo ella, sonriendo. "Y por cierto, ¿se enteró del escándalo de esta mañana?"

Vargas levantó una ceja. "¿Qué escándalo?"

"El pastel de Beatriz Montoya desapareció. El que iba a presentar en el concurso de repostería esta tarde."

Era exactamente el tipo de noticia trivial que Vargas habría ignorado completamente hace tres meses, cuando todavía investigaba homicidios y fraudes complejos en la capital. Pero ahora, sintió algo despertar en su interior: curiosidad genuina, la misma sensación que siempre precedía a sus mejores investigaciones.

"Cuénteme más," dijo él, dejando su periódico a un lado.

Doña Carlota se sentó brevemente en la silla frente a él, encantada de tener audiencia. "Beatriz pasó toda la noche preparando ese pastel. Es el concurso más importante del año, y ella ha perdido los últimos tres años contra Esperanza Díaz. Esta mañana fue a buscar el pastel para

llevarlo al ayuntamiento, y simplemente no estaba. La caja vacía, la cocina con la puerta de atrás abierta, y ningún rastro del pastel."

"¿Llamó a la policía?"

"La inspectora Restrepo está ahí ahora mismo," dijo Doña Carlota. "Pero usted sabe cómo es esa chica. Muy seria, muy procedimientos, pero le falta..." Hizo un gesto vago con la mano. "Intuición."

Vargas conocía a la inspectora Julia Restrepo de nombre, aunque todavía no la había conocido en persona. Era joven, ambiciosa, y según los rumores del pueblo, decidida a probar que podía manejar Villa Esmeralda sin ayuda de nadie, mucho menos de un detective jubilado entrometido.

"No es asunto mío," dijo Vargas, aunque ya estaba calculando mentalmente las posibilidades.

"Por supuesto que no," dijo Doña Carlota, con una sonrisa que sugería que sabía exactamente lo que estaba pasando por la cabeza de Vargas. "Pero la casa de Beatriz está a solo dos cuadras de aquí. Y usted siempre dice que le gusta caminar después del café."

Vargas terminó su café en silencio, considerando. Era verdad que no tenía ningún derecho oficial de investigar. Ya no era policía. No tenía placa, no tenía autoridad, y definitivamente no tenía ninguna invitación de la inspectora Restrepo para involucrarse en su caso.

Pero también era verdad que llevaba tres semanas sin nada interesante que hacer, y un pastel desaparecido, aunque trivial, era exactamente el tipo de pequeño misterio que podía mantener su mente ocupada durante una tarde.

"Solo voy a caminar," dijo él, parándose y dejando dinero sobre la mesa. "No voy a investigar nada."

"Por supuesto," dijo Doña Carlota, sin creerle ni una palabra.

La casa de Beatriz Montoya era pequeña pero bien cuidada, con un jardín lleno de flores que claramente recibía atención diaria. Cuando Vargas llegó, encontró a una mujer de mediana edad, con uniforme de policía impecable, tomando notas mientras hablaba con otra mujer mayor que claramente era Beatriz, visiblemente alterada.

La inspectora Restrepo levantó la vista cuando Vargas se acercó, su expresión cambiando inmediatamente de profesional a cautelosa.

"Señor Vargas," dijo ella, su tono cortés pero claramente reservado. "¿Puedo ayudarlo en algo?"

"Solo estaba caminando," dijo Vargas, aunque ambos sabían que esa explicación era poco convincente considerando que se había detenido directamente frente a la escena del crimen. "Escuché sobre el pastel desaparecido."

"Es un caso menor," dijo Restrepo, su tono sugiriendo que no necesitaba ayuda de un detective jubilado, sin importar cuán famoso hubiera sido en la capital. "Probablemente algún vecino con hambre y poca consideración."

"¿Puedo ver la cocina?" preguntó Vargas, ignorando completamente el tono defensivo de la inspectora.

Restrepo dudó, claramente debatiendo internamente si valía la pena discutir con un hombre que tenía treinta años más de experiencia que ella, sin importar que ya no tuviera autoridad oficial.

"Cinco minutos," dijo ella finalmente. "Y no toque nada."

La cocina de Beatriz era pulcra, con utensilios de repostería cuidadosamente organizados en cada superficie. La puerta trasera, que daba hacia el jardín, todavía estaba abierta, con una caja de pastelería vacía sobre la mesa central.

Vargas examinó la escena con la atención meticulosa que había definido toda su carrera, notando detalles que la mayoría de las personas pasarían por alto completamente: la posición exacta de la caja vacía, las migas específicas en el suelo, la manera en que la puerta trasera había sido abierta.

"¿La puerta estaba cerrada con llave anoche?" preguntó Vargas.

"Beatriz dice que sí," respondió Restrepo, observando a Vargas con curiosidad reluctante a pesar de su irritación inicial.

Vargas se acercó a la puerta, examinando el marco cuidadosamente. "No hay señales de forzamiento," dijo él. "Lo cual significa que quien entró aquí, tenía llave, o Beatriz se equivoca sobre haber cerrado la puerta."

"Eso ya lo había notado," dijo Restrepo, aunque su tono sugería que quizás no lo había notado con tanto detalle.

Vargas se agachó para examinar las migas en el suelo, frunciendo el ceño. "Estas migas son de un pastel diferente," dijo él finalmente. "Más oscuras, posiblemente chocolate. El pastel de Beatriz, según lo que veo en las fotografías sobre la pared, era de vainilla con decoración de frutas."

Restrepo se acercó, mirando las migas con atención renovada. "¿Está sugiriendo que alguien trajo otro pastel aquí?"

"Estoy sugiriendo," dijo Vargas, "que deberíamos hablar con la otra finalista del concurso."

Una hora después, después de convencer relucientemente a la inspectora Restrepo de visitar la casa de Esperanza Díaz, la rival de años de Beatriz en el concurso de repostería, encontraron exactamente lo que Vargas había sospechado: el pastel de Beatriz, parcialmente comido, escondido en el congelador de Esperanza, junto con evidencia clara de que ella había estado preparando una historia de respaldo en caso de que alguien sospechara.

"No podía perder otra vez," confesó Esperanza, sus manos temblando mientras hablaba. "Tres años seguidos perdiendo contra Beatriz. Pensé que si su pastel desaparecía, yo finalmente tendría una oportunidad real."

Mientras Restrepo procesaba el caso oficialmente, anotando la confesión de Esperanza, Vargas se quedó parado en el porche, sintiendo una satisfacción familiar que no había experimentado en semanas.

"Buen trabajo, señor Vargas," dijo Restrepo cuando finalmente salió, su tono todavía cauteloso pero con un respeto nuevo evidente. "Aunque probablemente lo habría descubierto yo misma, eventualmente."

"Por supuesto," dijo Vargas, con una sonrisa que sugería que no estaba completamente de acuerdo, pero que también sabía que no era el momento de discutir.

"No espere que esto se convierta en una costumbre," agregó Restrepo, aunque algo en su tono sugería que no estaba completamente cerrada a la idea.

Vargas caminó de vuelta hacia el café de Doña Carlota, sintiendo que quizás su jubilación no iba a ser tan aburrida como había temido inicialmente.

Doña Carlota lo esperaba con una sonrisa conocedora y un pastelito de café recién horneado. "¿Y bien, detective?"

"Resuelto," dijo Vargas simplemente, sentándose en su mesa habitual.

"Sabía que no podría resistirse," dijo Doña Carlota, sirviendo su café favorito sin que él lo pidiera. "Villa Esmeralda necesita a alguien como usted, aunque la inspectora Restrepo todavía no lo sepa completamente."

Vargas tomó un sorbo de su café, mirando hacia la plaza donde la vida cotidiana del pueblo continuaba sin saber sobre el pequeño drama que acababa de resolverse. Quizás, pensó él, la jubilación no significaba el final de su trabajo. Solo significaba una nueva manera de hacerlo, una taza de café a la vez, desde una mesa en la esquina de una plaza en un pueblo que apenas estaba comenzando a conocer.

Vocabulario

jubiladola — *retired*

Ej: Mateo Vargas llevaba exactamente tres semanas jubilado.

encajar — *to fit / to match*

Ej: Cómo encontrar la pieza que no encajaba en una historia.

el moño — *the bun (hairstyle)*

Ej: El cabello gris recogido siempre en un moño perfecto.

el chisme — *the gossip*

Ej: Memoria extraordinaria para los chismes del pueblo.

la repostería — *the pastry / baking*

Ej: El concurso de repostería esta tarde.

entrometidola — *meddlesome / nosy*

Ej: Un detective jubilado entrometido.

la migaja — *the crumb*

Ej: Estas migas son de un pastel diferente.

el forzamiento — *the forced entry*

Ej: No hay señales de forzamiento.

reluctante — *reluctant*

Ej: Observando a Vargas con curiosidad reluctante.

conocedorla — *knowing*

Ej: Con una sonrisa conocedora.

Preguntas de comprensión

1. ¿Por qué se mudó Vargas a Villa Esmeralda y cómo se siente con su jubilación?
2. ¿Qué le cuenta Doña Carlota a Vargas sobre el pastel desaparecido?
3. ¿Cómo reacciona la inspectora Restrepo cuando ve a Vargas en la escena del crimen?
4. ¿Qué detalle específico nota Vargas en la cocina que lo lleva a sospechar de otra persona?
5. ¿Cómo se resuelve finalmente el caso del pastel desaparecido?